

# Literatura argentina y extranjera: variaciones Piglia sobre Hudson

JORGE BRACAMONTE

*Universidad Nacional de Córdoba  
Instituto de Humanidades, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas  
jabracam@gmail.com*

Recibido: 10 de junio de 2023 - Aceptado: 21 de junio de 2023

DOI: <https://doi.org/10.46553/LET.87.2023.p156-170>

**Resumen:** Los vínculos construidos por la poética de Ricardo Piglia con la figura, trayectoria y obra de William Hudson recorren distintas etapas, diferentes variaciones. Respecto a Hudson, resulta decisiva para Piglia la valoración que Ezequiel Martínez Estrada hace de la obra y trayectoria de Hudson. Ello se detecta desde los años de formación del joven escritor Piglia, durante la década de 1950. Luego, durante las décadas de 1960 y 1970, el gradual y radical posicionamiento teórico y político-literario de Piglia lo llevará a considerar en algún momento la figura de Hudson como la de un extranjero de notable obra, pero en definitiva exótico y que permanece en una mirada colonizada respecto a la cultura argentina. Finalmente, Piglia revaloriza al Hudson lector y escritor, clave para las literaturas y culturas argentina y anglosajona, quien también es un crítico radical del capitalismo. Este ensayo interroga los matices de esos diferentes momentos.

**Palabras clave:** Piglia, Hudson, Martínez Estrada, lector, escritor, extranjero, serie

## **Argentine literature and foreigners: Piglia variations on Hudson**

**Abstract:** The links built by Ricardo Piglia's poetics with the figure, career and work of William Hudson go through different stages, different variations. Regarding Hudson, the assessment that Ezequiel Martínez Estrada makes of Hudson's work and career is decisive for Piglia. This has been detected since the formative years of the young writer Piglia, during the 1950s. Later, during the 1960s and 1970s, Piglia's gradual and radical theoretical and political-literary position let him consider, at some point, Hudson's figure as that of a foreigner of remarkable work, but definitely exotic and that remains in a colonized look with respect to Argentine culture. Finally, Piglia revalues the reader and writer Hudson, key to Argentine and Anglo-Saxon literatures and cultures, who is also a radical critic of capitalism. This essay interrogates the nuances of those different moments.

**Keywords:** Piglia, Hudson, Martínez Estrada, Reader, Writer, Foreign, Series

## **Primera parte: variaciones y momentos**

No es tanto una revisión de la presencia de los extranjeros y extranjeras que, de viaje por el país, hayan escrito sobre él, su historia, su vida social y política o costumbres, aquello sobre lo cual Piglia vuelve su mirada. Sí, lo hace de manera indirecta, pero su mirada se vuelve, de modo central, sobre cómo aquellos y aquellas escritores y escritoras han construido sus experiencias con las lenguas, en particular la invención de esas lenguas privadas que para Piglia resultan las poéticas, llegando, recorriendo, afincándose, transitando, interviniendo e incidiendo en nuestra cultura e historia, aportando a redefinir, en algún punto clave, nuestra literatura.

Es en aquel sentido que para Piglia resulta crucial la incidencia de diversos escritores extranjeros en la literatura argentina. De manera ejemplar, y reescribiendo la trayectoria y escritura de Witold Gombrowicz en Argentina, en relación con la complejidad de lo argentino, es que Piglia, lo sabemos, construye aquel filósofo que hace de la frustración la manera de ver y valorar el mundo que es, en definitiva, Vladimir Tardewski en *Respiración artificial* (1980). Y allí, en esta novela, junto a Tardewski, toda una galería de personajes le permite a Emilio Renzi trazar complejas y hasta contradictorias consideraciones sobre las singularidades de las miradas estrábicas, ex-óticas, que los escritores e intelectuales extranjeros han deslizado sobre nuestra cultura, historia y arte, y, acompañando las miradas, han aportado a redefinir nuestro idioma desde lo letrado, en particular el castellano del país, a partir del efecto de extrañeza que aquellos han construido en relación con nuestro idioma a partir de la extranjería de sus propios idiomas. En Piglia, esa indagación del intenso impacto de la extranjería en nuestra cultura y, sobre todo, en nuestra literatura y pensamiento, suscita una profunda reflexión sobre la otredad, y es aquí donde, por momentos de un modo muy poco visible, pero finalmente en un sendero crucial, emerge la relevancia de la singularísima escritura, poética y biografía reescrita, aludida, de William Henry Hudson en/para la poética pigliana.

Quisiera postularlo aquí, de entrada y definitivamente: entiendo y comprendo la poética de Piglia como, sobre todo, la poética de un complejo lector. Y es allí donde asimismo adquiere otro valor la obra de Hudson. Me detendré en ciertas escenas clave, para mí, para reconsiderar a Hudson desde el despliegue de la poética crítica y del relato —que en tantos momentos se fusionan— del nombre de autor Piglia. Y, en la segunda parte de este trabajo, caracterizaré series que, articulando Piglia-Hudson-Martínez Estrada, posibilitan hacer reflexionar sobre los efectos de dicha articulación en la poética autorial de Piglia pero asimismo en la de Hudson.

## **Entre un escritor que camina apoyado en las paredes a otro, reflexionado en la vida real por Ricardo Emilio Piglia Renzi**

Si bien escasamente subrayado, la figura de autor y los efectos de la lectura de la obra de Ezequiel Martínez Estrada para la poética escritural de Piglia resultan fundamentales. Ocurre

que en una obra donde las más diversas tradiciones e intertextos proliferan en una de las más altas intensidades que se pueda imaginar, cuesta apreciar el carácter estratégico de aquella apropiación, reescritura y resignificación. Pero no es casual que, justo en la entrevista “El laboratorio de la escritura”, de *Crítica y ficción*, Piglia recuerde que, en 1959, gracias a quien lo inició en la pasión de ser escritor, Steve Rattlif:

Conocí a Martínez Estrada, que fue el primer escritor al que conocí personalmente. Yo estaba en quinto año del secundario y Martínez Estrada vino a Mar del Plata, donde tenía parientes. Fuimos a verlo y me impresionó encontrarlo tan enfermo y tan frágil, se sostenía de las paredes con las palmas de la mano para caminar. Se conversó mucho, toda una tarde, pero yo sólo recuerdo nítidamente una frase: “La Argentina se tiene que hundir. Se tiene que hundir y desaparecer, no hay que hacer nada para salvarla, si lo merece volverá a reaparecer y si no lo merece es mejor que se pierda” (Piglia, 2000: 61).

La misma escena, pero transformada, aparece en “Una visita”, narración sobre esa evocación de la entrevista a Martínez Estrada incluida en *Los diarios de Emilio Renzi. Años de formación* (2015). Mi mención resulta deliberada porque para aquel Piglia, y luego lo confirma hasta el final de su obra y trayectoria, Martínez Estrada como modelo retomado irónicamente combinaba al crítico —que incluso ensaya teorizar de modo muy personal— con el narrador, al intelectual preocupado por reflexionar sobre el devenir literario en relación con la historia y política del país y el mundo con quien escribe textos críticos capitales para la literatura argentina y quien ensaya narraciones que ponen a prueba ciertos procedimientos, técnicas y formas, explorando a la vez las posibilidades de la lengua. Pensemos en lo paradigmática que resulta *Marta Riquelme* (1956), en su conjunción de poética del lector, teorización sobre la lectura y narración abierta, en tanto novela breve precursora parcial de aquello que luego el mismo Piglia desarrolla como proyecto literario, como poética alimentada de la crítica. Y, a su vez, lo sabemos, *Marta Riquelme* reescribe y resignifica el relato de Hudson, en un ejercicio similar respecto a la literatura argentina al que el “Pierre Menard, autor del Quijote” de Borges ensaya respecto a las literaturas extranjeras. Entonces, adquiere fundamentos la tesis de lo crucial de Martínez Estrada para la escritura-pensamiento pigliana, pero a partir de ello además está el nexo con Hudson. Y ocurre que Martínez Estrada es uno de los nombres decisivos del sistema literario e intelectual-político argentino cuando Piglia comienza a construir su poética, y es uno de los primeros que, desde allí, subraya la importancia de los viajeros escritores extranjeros —de los extranjeros en general— para la conformación de la literatura argentina desde sus otredades y, en ese marco, rescata de modo decisivo a Hudson, que, argentino-inglés en su tránsito, deviene una referencia crucial para la poética autorial, tanto narrativa como crítica, de Martínez Estrada. Señalo esto pensando en textos como *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* (1951), *Marta Riquelme* e, incluso, *Para una revisión de las letras argentinas* (1967). Con el paso del tiempo, tras aquel riguroso, lúcido y poco convencional escrutinio de un sector más bien canónico de las escrituras argentinas entre los siglos XIX y XX que Piglia realiza desde 1965 aproximadamente para, revisado ese haz más bien heterogéneo, ensayar nuevas lecturas y allí ubicar su propio proyecto literario, parte del corpus de Hudson emerge en la escritura de Ricardo Emilio Piglia Renzi. Y emerge cuando la reflexión de Piglia sobre la mirada e

incidencia de esos otros radicales que son los extranjeros sobre nuestra literatura, cultura e historia adquiere cada vez más gravitación: esto ocurre durante el proceso de composición de *Respiración artificial*, publicada en 1980, donde si bien ni Martínez Estrada ni Hudson aparecen, sí están dando vueltas de modo implícito.

### ¿Un Güiraldes inglés? Desde el punto de vista de Renzi

En marzo de 1978, en el número 1° de *Punto de Vista*, firmando como Emilio Renzi —su “otro nombre”, el que toma prestado para su alter ego ficcional—, Piglia escribe una reseña sobre una reedición de *Allá lejos y hace tiempo*, por librería Fausto, producto de una traducción de Miguel Brussa y con prólogo de Jaime Rest. Si bien, como postulo, Martínez Estrada ha sido y es un modelo para Piglia, aquí todavía observo una lectura apreciativa pero distante de esta obra de Hudson, lo cual se condensa en el título de la reseña, “¿Hudson, un Güiraldes inglés?”, ya que Piglia aquí aborda y reflexiona sobre la incidencia de esos otros que subraya capitales para la cultura argentina como son los escritores e intelectuales extranjeros, lo cual a su vez es un eje decisivo de su novela *Respiración artificial*, en ese momento en proceso de composición.

Pero todavía Hudson, para Piglia, es un escritor europeo que escribe para europeos. Desde mi perspectiva, Piglia durante el segundo lustro de los 70 aún caracteriza a Hudson como un escritor e intelectual que no alcanza una dimensión radicalmente política, ideológica, y en el aspecto visible le resulta un autor que no logró el eje central —el de la integración productiva— según su propia evaluación —la de Piglia/Renzi— de la real incidencia que otros escritores e intelectuales extranjeros sí alcanzaron en nuestra cultura e historia:

Preguntarse por esa función, preguntarse cómo fueron integrados, qué lugar ocuparon, cómo influyeron en la literatura argentina es un modo de entender los mecanismos de una cultura que —definida desde el principio por la oposición civilización y barbarie— tuvo en el europeísmo, en el cosmopolitismo, una de sus corrientes principales. Corriente que se superpone en nuestro país con la historia de los intelectuales [...] (1978: 23).

Como muchos escritores-intelectuales —Echeverría, Cané, Sarmiento, hasta Borges— se han definido por su relación con Europa “y en más de un sentido han definido su función como a la de ‘aclimatar’ en El Plata las ideas europeas, estos ‘verdaderos’ europeos encarnaban y condensaban a menudo la figura del intelectual por excelencia” (23). Allí se inscriben De Angelis, Groussac, Soussens, Jacques, entre otros, pero Piglia, en ese marco, ve a Hudson únicamente como un escritor nacido en Argentina, que vive aquí 33 años, pero que, por cómo y por aquello que escribe, es un europeo que escribe para europeos. “En este sentido habría que emparentarlo, antes que con Conrad, con Rudyard Kipling. Como Kipling [...] Hudson es un escritor nacido en ‘las colonias’ [...] que se educa y vive en una cerrada colonia inglesa” (23-24).

De allí que, considerando cómo, qué y cuándo rememora, Piglia en 1978 emparde a Hudson con Güiraldes: “*Don Segundo sombra* [...] donde aparece, como en Hudson, la exaltación de la vida natural asimilada con el relato de iniciación, la nostalgia de una mítica

Edad de Oro identificada con la infancia y también una mirada fascinada, un poco turística, de las costumbres rurales” (24). Donde, a pesar o más allá del modelo, en tanto lector y escritor, de Martínez Estrada en Piglia, éste está lejos de haber tomado en cuenta la complejidad de aspectos y matices del “mundo” de Hudson que Martínez Estrada sí explora en *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*. Postulo que, en esta primera variación Piglia sobre Hudson, concentrada exclusivamente en *Allá lejos y hace tiempo*, aquel, Hudson, es para Piglia un escritor que no deja de escribir exóticamente sobre la naturaleza y la historia argentina, y sobre todo es un escritor exótico colonizado. Por esto Hudson es una escritura que casi no aparece en *Respiración artificial* (en la segunda parte de este artículo veremos que en dicha novela de 1980 aparece sólo como un dato más en una enumeración).

¿Cuándo comienza el cambio en la valoración de Hudson por parte de Piglia? Existen dos momentos siguientes. El segundo aparece en *Prisión perpetua* (1988), cuando el narrador autoficcional de “En otro país” adjudica a su inicial mentor literario, el ¿ficticio? Steve Ratliff, la siguiente afirmación: “W.H. Hudson. Vine a este país, decía a veces, porque quise conocer el lugar donde nació uno de los mejores narradores del siglo XIX” (Piglia, 1988 b: 23). La dimensión de Conrad, para el mentor de Piglia/Renzi, es paralela a Herman Melville. Si consideramos en disvalor de Hudson en la reseña de 1978 en *Punto de vista*, en 1988 se aprecia un cambio significativo ya que en “En otro país” se subraya la alta dimensión del escritor Hudson. Y la tercera variación Piglia en torno a Hudson se manifiesta en su libro *El último lector* (2005), cuando lo caracteriza, como antes, como uno de los mejores escritores de lengua inglesa del siglo XIX, resaltando a su vez, en el contexto de su propio libro, la dimensión como lector de Hudson:

W.H. Hudson, uno de los mejores escritores ingleses del siglo XIX, recordaba de esta manera su juventud en el campo argentino: “No teníamos novelas. Cuando llegaba una a la casa era leída y prestada a nuestro más próximo vecino, a unas dos leguas de casa, y él, a su turno, se la prestaba a otro, siete leguas más lejos, y así sucesivamente hasta que desaparecía en el espacio” (Piglia, 2005: 35).

Dimensión valorativa ahora más aproximada a la de Martínez Estrada, más articulada en lo cultural y filosófico, no solamente a lo ideológico-político. Esta es la tercera valoración que Piglia construye en torno a Hudson, cuando, además, a partir de fines de la década de 1990, Piglia pasa a revalorizar como notable cualidad cierta condensada ligereza en la fluidez del relato, que es algo que lo lleva a una ponderación de la escritura de Hudson.

### **Hudson, Conrad y la crítica radical desde el precapitalismo**

Lo anterior es el paso decisivo para que el pensamiento y la escritura, revisada en cierta complejidad, pasara a ser material que conforma narrativamente lo que se relata en *El camino de Ida*, novela de Piglia publicada en 2013. Aquí, y ya remitiendo a su diégesis y trama, coincidente con un momento de depresión personal ubicado durante el primer lustro de la década de 1990, el personaje Emilio Renzi es invitado a dar un curso como *Visiting Professor* a una universidad de la *Ivy League* de Estados Unidos de Norteamérica. Y entonces propone

dictar un seminario sobre Hudson; lo cual también es sugerido por la otra protagonista clave del relato, la profesora Ida Brown, especialista en Conrad que a su vez trabaja las relaciones entre Conrad y Hudson. Pero la mención y resignificación de la obra y el personaje de Hudson, que al principio únicamente parece un pretexto de la novela en su conjunto, adquiere a lo largo del relato una dimensión mucho mayor. En los tramos iniciales de la novela leemos en voz de Renzi: “me defendía trabajando en un libro sobre los años de W.H. Hudson en la Argentina, pero el asunto no prosperaba; estaba cansado, la inercia no me dejaba mover y estuve un par de semanas sin hacer nada, hasta que una mañana Ida me localizó por teléfono” (Piglia, 2013: 14).

Inevitable pensar que este Piglia/Renzi de *El camino de Ida* ya trabaja sobre aspectos de la vida y obra —el “mundo”— recorridos con bastante detalle en aquel libro publicado en 1951 por Martínez Estrada. Es como que Renzi quiere volver sobre los primeros 33 años de la vida de Hudson, sobre ese conjunto de experiencias decisivas que luego, en su radicación inglesa, constituyen una de las bases materiales, temáticas y de sentidos de la obra del escritor de *Allá lejos y hace tiempo*. Pero asimismo se agregan otras líneas. ¿Qué es lo que ha llamado la atención de Ida Brown? Leemos:

Edward Gardner, el editor que había descubierto a Conrad, también había publicado a Hudson. De ese modo los dos escritores se habían conocido y se habían hecho amigos; eran los mejores prosistas ingleses de finales del siglo XIX y los dos habían nacido en países exóticos y lejanos. Ida estaba interesada en la tradición de los que se oponían al capitalismo desde una posición arcaica y preindustrial. Los populistas rusos, la *beat generation*, los hippies y ahora los ecologistas habían retomado el mito de la vida natural y la comuna campesina (Piglia, 2013: 20).

Mientras en 1978 en su reseña en *Punto de vista* para Piglia/Renzi Hudson no resultaba equiparable a Conrad, en este otro momento sí, y aquí conviene recordar que, para completar la vuelta de tuerca que podemos releer sugerida en la novela pigliana de 2013, Rancière ubica a Conrad como uno de los iniciadores de una nueva mimesis, una mimesis que deviene inorgánica, rupturista con la tradicional, y prácticamente iniciadora del hilo de la ficción moderna —para decirlo con las palabras del pensador francés— (Rancière, 2015: 35-51). Por ello, también podríamos conjeturar que, por afinidad, igualmente la prosa de Hudson se podría inscribir de modo novedoso como precursora de la ficción moderna. Pero esto lo dejamos apuntado para la reflexión. Por lo pronto, en *El camino de Ida* se inserta la obra de Hudson en una serie de cuestiones fundamentales: las otredades, las extranjerías, como posiciones y materiales cruciales para la dinámica y redefinición de los diferentes espacios y sistemas literarios. Pero además está ese elemento clave en la novela de Piglia, que a su vez remite a una problemática constitutiva de la escritura de Hudson (y de Conrad y de toda una serie de vastas genealogías de autores modernos): la traducción.

La tensión y los conflictos de lenguas, que recorren como problema *El camino de Ida*, encuentran en la cuestión y tópico de la traducción un eje que a su vez nos invita a repensar en cómo puede haber sido construida la literatura hudsoniana. En algún momento Renzi, el

narrador de la novela, reflexiona sobre la escritura del autor de *Una cierva en Parque Richmond*: “Escribía en inglés pero su sintaxis era española y conservaba los ritmos suaves de la oralidad desértica de las llanuras del Plata” (Piglia, 2013: 25).

Pero si la caracterización política de la figura de autor le había permitido a Piglia caracterizar en 1978 a Hudson como un escritor colonizado, en esta última novela observamos una vasta transformación al respecto. Sin aspirar a la caracterización integral en lo filosófico-cultural —incluido lo histórico-político— que desarrollara Martínez Estrada en su biografía de Hudson, podríamos decir que Renzi/Piglia, en *El camino de Ida*, recupera la dimensión ontológica y filosófica de la cultura política subyacente en la obra del escritor de *La tierra purpúrea*. La dimensión literaria, la dimensión cultural, la referida a las lenguas, se complementan con la afinidad de Hudson con Conrad y otros y otras en su crítica al capitalismo desde una posición inmersa en la naturaleza y que cuestiona desde allí los males del industrialismo desde una crítica precapitalista. Resulta interesante porque, según leemos en la novela de 2013, a medida que el personaje de Renzi dicta su seminario, durante las sucesivas secuencias del relato, aquello se correlaciona con lo que sucede en el campus, con los personajes —centralmente Ida—, con los estudiantes del curso y lo que proponen investigar a partir de Hudson, pero luego se enlaza con la investigación de los delitos, el Unabomber Thomas Munk<sup>1</sup> y las fuentes inspiradoras de su accionar, como por ejemplo *El agente secreto* de Conrad y su heterodoxa rebeldía antisistema anticapitalista. Claro que la rebeldía anticapitalista, también antisistema, de Conrad y de Hudson, no desemboca necesariamente en la salida violenta que el Unabomber desarrolla en el presente inmediato narrado en la novela, si bien podría ser lógicamente una de sus posibles consecuencias. Por ello tanto Conrad como Hudson, a su pesar, quedan ambiguamente instalados allí.

### **Martínez Estrada y las variaciones Piglia sobre Hudson**

Así, heredera del linaje de Martínez Estrada en este aspecto —si bien otros autores clave para Piglia también rescataron a Hudson—, la poética ficcional y crítica pigliana ha desarrollado diferentes versiones en torno al corpus de Hudson. Desde una mirada más restringidamente ideológico-cultural, hasta una versión que reescribe los múltiples aspectos que sugiere el corpus del escritor de la primera *Marta Riquelme*. Acerca de eso consisten las

---

<sup>1</sup> Basada en la biografía de Theodor Kaczynski, también descendiente de polacos —como Conrad—, nacido en Chicago, en 1942. Entre 1978 y 1995 envió 16 bombas —3 asesinatos y 23 heridos— a objetivos, centralmente universitarios y aerolíneas. Publicó su manifiesto —en la novela aparece como el *Manifiesto*, originalmente titulado *La sociedad industrial y su futuro*— en medios masivos, lo cual, por medio de la delación de su hermano, permitió su captura por el FBI.

cuatro variaciones antes detalladas de Piglia sobre Hudson: la realizada en 1978, la de 1988, la del período de *El último lector* y la de la novela de 2013.

Pero más allá de lo anterior, conviene reforzar algunas cuestiones más. Como sugerí, la cuestión de la extranjería como una alteridad límite para revisar desde una mirada extópica el devenir de la historia y cultura argentina resulta clave en toda la narrativa de Ricardo Piglia. También lo mismo resalta en su ensayística, y considerando esto último, hablar de Hudson nos permite resignificar todo el desarrollo de esa obra, retomando, por cierto, lo referente a Hudson y, junto a su nombre, otros como el de Ezequiel Martínez Estrada. Aquellas miradas, y enunciaciones, desde esas alteridades, posibilitan un haz de reaperturas de sentidos sobre una serie de coyunturas de la historia literaria y cultural.

Ya nos detuvimos en *Respiración artificial*, uno de los textos piglianos clave sobre este tema de la extranjería. Volvamos sobre una de las enunciaciones cruciales —considerando el conjunto de cuestiones en juego en la novela— que dice Vladimir Tardewski:

En ese dúo entre Maier y Arregui aparece como condensada y llevada al límite esa relación que interesaba al Profesor: el intelectual europeo que, instalado en la Argentina, viene a encarnar un saber universal. Había rastreado una serie de etapas y de parejas típicas, con sus tensiones, sus debates y sus transformaciones. De Angelis-Echeverría en la época de Rosas. Paul Groussac-Miguel Cané en el 80. Soussens-Lugones en el novecientos. Hudson-Güiraldes en la década del 20. Gombrowicz-Borges en los años 40 y la cosa seguía, como declinando y degradándose a medida que el europeísmo perdía fuerza, para terminar de un modo ejemplar en la relación entre Maier y Arregui. Las últimas estribaciones de esa larga serie, sostenía el profesor, desembocan en Entre Ríos. Cuando estaba contento el Profesor decía que incluso la relación entre nosotros, entre él y yo, formaba parte de la misma estructura. En esas parejas el intelectual europeo era siempre, en especial durante el siglo XIX, el modelo ejemplar, lo que otros hubieran querido ser. Al mismo tiempo muchos de esos intelectuales europeos no eran más que copias fraguadas, sombras platónicas de otros modelos (Piglia, 1988 a: 146-147).

En esta cita, vemos aquella equiparación de Hudson como “Güiraldes inglés” que Piglia, firmando como Emilio Renzi, conceptualiza en *Punto de vista*. Tratándose de una afirmación de Tardewski citando una teoría del profesor Marcelo Maggi, la serie que se enfatiza es más bien aquella del “intelectual europeo que, instalado en la Argentina, viene a encarnar el saber universal”. Pero lo que sigue a dicha cita indica aquello referido a que aquellas relaciones de pares de intelectuales extranjero-argentino igualmente entran, por supuesto, en “tensiones, sus debates y sus transformaciones”. En *Respiración artificial* aquella reducción de Hudson en *Punto de vista* no es alterada, pero vale subrayarse como aparece en dicha novela, para ver las propias mutaciones que, por un lado, adquieren hacia adelante y hacia atrás en la propia secuencia de ficciones de Piglia, por otro lado en sus ensayos, y, finalmente, en sus constantes cruces que, en la singular poética autorial pigliana, adquieren.

En *Respiración artificial*, lo sabemos, ese nuevo par, en realidad, no es Maier-Arregui, sino más bien Tardewski-Maggi, e incluso también Tardewski-Renzi. Lo cual implica otra cuestión adicional: Tardewski no es un intelectual trasplantado, sino uno que se ha adaptado y transformado en el ámbito y la dinámica histórica y cultural argentina. A su adaptación la ha

conjugado con una mirada extremadamente crítica de todos los entornos, para comenzar los contextos europeos de los cuales, de manera voluntaria, se ha exilado, junto a su posición asumida de una ácida mirada fracasada y cínica sobre toda posible construcción de realidad. Si consideramos que Vladimir Tardewski está inspirado en el escritor polaco Witold Gombrowicz, siendo una versión sobre todo filosófica y grave —más que irreverente— de este, resulta paradigmática su figura vinculada a la cuestión aquí subrayada, la de la extranjería. Pero asimismo desde aquí nos reenvía a otras figuras cruciales en la poética autorial pigliana, las cuales por otro lado nos permiten rearticular mi reflexión iniciada en torno a Hudson y Martínez Estrada.

## **Segunda parte: las series**

### **Consideraciones sobre la extranjería en la serie de los cruces**

Y aquella rearticulación sucede porque a partir de *Respiración artificial* la escritura de Piglia se expande con relación a la incidencia de la extranjería en su propia poética, y en vinculación a cómo los extranjeros miran, de manera crítica y enriquecedora, la cultura argentina (también aparecen narradas, presentadas, las miradas prejuiciosas sobre la cultura e historia argentina, pero aquí acentuaré las otras), siendo relevante, a lo largo del tiempo, aquello que ciertas referencias como Hudson y Martínez Estrada sugieren.

Ya vimos cómo aparece mencionado y construido Hudson en la novela de 1980. Pero, como ya destacó, en “En otro país” de *Prisión perpetua*, eso se modifica, se transforma. Ahora bien, la pregunta puede ser: ¿Qué mediación permite ese cambio de apreciación acerca de Hudson? Ya lo subrayé en la primera parte del presente ensayo. Se pasa de la caracterización sobre todo ideológico-política, entre los 70 y 80, al comienzo de una revisión literario-cultural de Hudson en la forma de leer su corpus por parte de Piglia que se acentúa a fines de los 80. Lo que aquí enfatizo es que aquello que posibilita esa conjunción es la construcción —o si queremos: re-construcción— de la figura de Steve Ratliff en esa combinación de autoficción y ensayo que es “En otro país”. Ya lo comenté, pero cabe subrayarse una vez más lo siguiente. Si Steve es quien provoca en Piglia el deseo definitivo de convertirse en escritor, deviniendo a su vez su primer gran mentor en este sentido, siendo además quien lo introduce en la literatura de Estados Unidos de Norteamérica, y quien lo induce a la necesidad del aprendizaje de la lengua de esa otra literatura, resulta altamente significativo que Steve, supuestamente, haya escrito aquello referido a que vino a Argentina porque “quise conocer el lugar donde nació uno de los mejores narradores del siglo XIX” (Piglia, 1988 b: 23), cita que dice Ratliff refiriéndose a Hudson según la remembranza de Piglia/Renzi.

Si consideramos que “En otro país” es una evocación de los inicios de escritor de Ricardo Emilio Piglia Renzi, donde se ensayan múltiples consideraciones acerca de qué es y cómo se forma un escritor siendo simultáneamente un relato, vemos que dicho texto es un preciso

cruce entre ensayo y ficción en la poética autorial. Como se lee en una nota al pie de la edición de 1988, “versión del texto leído en abril de 1987 en el ciclo ‘Writers talk about themselves’, dirigido por Walker Percy en el *Fiction today* de New York”. Piglia/Renzi lee ese texto y evoca sus decisivos inicios como escritor con la mentoría de Steve Ratliff. Y si bien allí no hay mención de Martínez Estrada, sí aparece la de Hudson. Postulo que “En otro país”, por lo señalado, resulta crucial como cruce de series entre ficción y ensayo donde no es un dato menor que Hudson adquiriera tanto relieve. Y el relieve que adquiere es el de devenir “uno de los mejores narradores del siglo XIX”, por lo cual, en aquel relato-ensayo de 1988, es equiparable tanto a Flaubert y a Conrad como a Domingo Faustino Sarmiento, quien, recordemos, sería el mejor narrador del siglo XIX argentino según Piglia lo ha reiterado en varias otras ocasiones.

En “En otro país” circula entonces, de manera implícita, la figura y obra crítico-ficcional de Martínez Estrada, pero de modo explícito lo hace la referencia de Hudson en un marco que, al menos, pone en comparación, tensión, contraste y sobre todo confluencia de las literaturas de Argentina y de Estados Unidos de Norteamérica, sentidos que, en los más diversos niveles, estructuran aquella narración-ensayo. Sin dudas, si consideramos aquella reseña de Piglia/Renzi en *Punto de vista*, y la escueta mención de Hudson haciendo par con Güiraldes en la enumeración de *Respiración artificial* —concomitante con la valoración realizada en aquella reseña—, notamos, como ya dije, aquel cambio en el relato-ensayo autoficcional de 1988, y sobre todo apreciamos que lo que posibilita esto es el recuerdo de la decisiva aparición de Ratliff hacia 1957 —y con él la puesta inicial en contacto de los sistemas de las literaturas argentinas y norteamericana—, lo que hace resignificar todo, tanto hacia el pasado de Piglia/Renzi y su poética autorial como hacia el futuro.

Texto que, además, ayuda a reubicar una serie de cuestiones referentes a Hudson en una más justa valoración. ¿Por qué digo esto? Porque mientras en aquella reseña de Piglia/Renzi de 1978 Hudson era equiparado a Kipling y a Güiraldes, desde “En otro país” se lo complementa en su carácter de escritor de procedencia familiar y cultural estadounidense — más allá de que haya nacido, como sabemos, en Argentina—. Es que la complejidad de los sistemas literarios que la figura y obra de William Henry Hudson pone en juego, revisión y revalorización —literaturas de Estados Unidos de Norteamérica, Argentina y Gran Bretaña— son resignificados de una manera más matizada, por la escritura de Piglia, desde lo que se señala en “En otro país”.

Por otra parte, complementando lo anterior, están algunas anotaciones y consideraciones correspondientes a 1957 y años siguientes en *Los diarios de Emilio Renzi. Años de formación* (2013), edición final del Diario que siempre, a lo largo de su trayectoria, Ricardo Piglia decía venir escribiendo —y diario que, según el mismo escritor señala en varias ocasiones, ha justificado desde siempre toda su obra publicada—. En la entrada de un “Domingo”, que pertenece a los años 1957-1958, Steve Ratliff aparece con otro nombre pero es el equivalente al evocado en “En otro país”. Aparece como Steve M., y en esos pasajes no se alude a Hudson —sólo en “En otro país” a partir de Steve Ratliff se alude explícitamente a Hudson—, pero sí

queda claro que es en ese momento —alrededor de 1957— de la construcción de la poética autorial que las literaturas argentinas y norteamericana confluyen de manera decidida.

Lo antes señalado pertenece a la serie de cruces entre ficción y ensayo piglianos donde emergería, de algún modo, Hudson y con esta referencia asimismo la de Martínez Estrada. Pero está también la serie de los ensayos piglianos, en lo referente a Hudson, en la que a continuación me detengo.

### Consideraciones sobre la serie ensayística

Es en la serie de la ensayística —y entrevistas-ensayos— de Ricardo Piglia donde aparece, en todos sus términos, aquel nexo crucial al cual ya he aludido. Releemos otra vez, un poco más en extenso, este pasaje en *Crítica y ficción*:

Mi amistad literaria más decisiva fue la que mantuve con Steve Ratliff, un inglés que no era inglés, había nacido en Nueva York, pero todos lo llamaban “el inglés”; vivía en Mar del Plata y yo lo conocí jugando al ajedrez. Empezó a prestarme libros de Faulkner, de Ford Maddox Ford, de Robert Lowell. Tenía sus teorías, que no estaban nada mal, y se reía de Gide, de Hamsun, de Pär Lagerkvist y de los escritores que circulaban en aquel tiempo. La literatura norteamericana es toda la literatura universal en un solo idioma, me decía. Estaba citando a Borges, pero yo en esa época no me daba cuenta. Él fue quien leyó mis primeros relatos y leyó todas mis cosas hasta que murió de cirrosis alcohólica. Nunca publicó un libro, pero se pasó la vida escribiendo y jamás encontré a nadie que tuviera un talento literario tan refinado. Gracias a él conocí a Martínez Estrada, que fue el primer escritor al que vi personalmente. Yo estaba en quinto año del secundario y Martínez Estrada vino a Mar del Plata, donde tenía parientes. Fuimos a verlo y me impresionó encontrarlo tan enfermo y tan frágil, se sostenía de las paredes con la palma de la mano para caminar. Se conversó mucho, toda una tarde, pero yo sólo recuerdo nítidamente una frase: “La Argentina se tiene que hundir. Se tiene que hundir y desaparecer, no hay que hacer nada para salvarla, si lo merece volverá a reaparecer y si no lo merece es mejor que se pierda”. Era en 1959. Después él y Ratliff se pusieron a hablar de Melville y de Hilario Ascasubi (Piglia, 2000: 60-61).

El hecho de que Ratliff haya sido apodado “El inglés” cuando en realidad era norteamericano, nos remite igualmente, entre otros, a Hudson. Aquí Piglia/Renzi habla así de Steve Ratliff, el mismo narrado con otros matices en “En otro país”. Pero las otras cuestiones relevantes que se desprenden del anterior pasaje son las siguientes: Ratliff le presenta a Martínez Estrada, “que fue el primer escritor al que vi personalmente”, quienes después, hacia el final del encuentro, se pusieron a hablar de Melville y de Hilario Ascasubi... Sobre esto último, igualmente —me pongo a imaginar— se podrían haber puesto a hablar en similar sentido acerca de William Henry Hudson y de Joseph Conrad. Pero vuelvo al pasaje antes citado y que resulta clave: Ratliff es quien conecta a un muy joven Piglia/Renzi con Martínez Estrada. En un punto, la entrevista “El laboratorio de la escritura”, de la cual proviene la anterior cita, está fechada en 1982, dos y cuatro años posteriores, respectivamente, a *Respiración artificial* y a la reseña de *Punto de vista*, y, por más que allí no se aluda a Hudson, sí se explicitan las mediaciones, los intertextos cruciales en la trayectoria y conformación constante de la poética de Piglia que hacen a la configuración de una gradual y

cada vez mayor valoración de la dimensión de la figura y obra de Hudson. Me refiero a Ratliff y a Ezequiel Martínez Estrada. Lo curioso es que el anterior pasaje citado también sugiere otra cosa: que Ratliff no fue un escritor realmente existente, sino un escritor imaginario construido por Piglia para sugerir cómo la literatura norteamericana confluyó en vía decisiva con la literatura argentina en su proceso de formación como escritor. Pero donde una vez más vuelve a cobrar relevancia, a veces de modo implícito, otras explícitamente, Hudson.

Ya he marcado en la Primera parte de este artículo los diferentes momentos de las “Variaciones Piglia sobre Hudson”. En esta segunda parte me interesa rearticular de distintos modos aquellos momentos. Sin dudas que, a nivel de ensayo, pero también con efectos de uso ficcional, lo ya tanto subrayado a propósito de “En otro país” se completa con lo que destaque más recientemente, el pasaje donde en *Crítica y ficción* el entrevistado Ricardo Piglia menciona a Ratliff como aquel que lo lleva a conocer a Ezequiel Martínez Estrada.

Las anteriores consideraciones me hacen destacar aquellos momentos de rearticulación, a propósito de las referencias Hudson-Martínez Estrada en las que aquí pongo el acento, dentro del desarrollo de la poética autorial que aquí propongo como articuladora. Lo marcado en la entrevista de 1982 que integra *Crítica y ficción* combinado con lo señalado respecto a Hudson en “En otro país” me sugiere algo capital: esa rearticulación se proyecta hacia los textos posteriores de Piglia —culminando en *El camino de ida*— y se vuelve, hace releer, su trayectoria de posiciones construidas desde los textos desde, al menos, el bienio 1957-1959. La entrevista de 1982 y el relato-ensayo autoficcional de 1988 nos pueden hacer ver que la incidencia del corpus de Martínez Estrada en la poética autorial pigliana ha sido aún más potente de lo que en general se la ha apreciado, hasta funcionar por momentos como un verdadero modelo artístico-intelectual, y en esa perspectiva sin duda la difícil de asir figura, trayectoria y obra de Hudson fue adquiriendo esas cambiantes pero igualmente destacadas valoraciones en el mismo corpus pigliano<sup>2</sup>. Aquí, en este marco, lo ya consignado en la primera parte del presente ensayo a propósito de Hudson como lector que aparece en un pasaje de *El último lector* resulta una verdadera culminación respecto a lo trabajado sobre Hudson por Piglia. La figura del Hudson lector que aparece en *El último lector* es la de un gran lector, que se sobrepone a todo obstáculo y limitación para acceder a la experiencia de leer, algo que, por otra parte y de modo decisivo, se relaciona en el escritor de *Días de ocio en la Patagonia* con narrar sus propias experiencias en una vertiente inédita, totalmente singular

---

<sup>2</sup> La incidencia del modelo de intelectual y artístico de Martínez Estrada en la poética de Piglia además puede apreciarse en las consideraciones que Piglia realiza en el Prólogo a los *Cuentos completos* (2015) del autor de *Radiografía de la pampa*. Aquí vuelve a relatar, de otra manera, sin mencionar a Steve Ratliff, su escena clave de poder conocer personalmente a Martínez Estrada.

no solamente en la literatura argentina sino, incluso, en la literatura mundial. Ello, según ya detallé en la primera parte del presente artículo, se condensa en su complejidad en lo que se dice sobre la vida y obra de Hudson en *El camino de Ida*.

### Consideraciones sobre la serie ficcional

Ya me he explayado sobre Hudson en *El camino de Ida*. Ya aludí a cómo aparece apenas aludido en *Respiración artificial* y más bien homologado, en un disvalor, con Güiraldes y Kipling, en tanto supuesto extranjero exótico al devenir de la historia y cultura argentinas al posicionarse, en última instancia, como un colonizado. Ahora bien, en el corpus ficcional de Piglia, ¿existe algún pasaje que indique semejante cambio entre la novela de 1980 y la de 2013? Aparentemente no. Aparentemente, por lo dicho, ese cambio se produce por los cambios de valoración y de diferentes usos en la escritura que, ante todo, Piglia realiza desde lo que aquí denomino la serie ensayística y la serie de cruce. No obstante, más allá de lo anterior, me parece interesante subrayar el comienzo de una novela que, precisamente, hace de lo extranjero —y en particular de mucho de lo que proviene de las culturas anglosajonas— en su interacción con lo argentino una cuestión central. Me refiero a *La ciudad ausente* (1992). En esta novela, cuya historia se ubica en un antiutópico 2004, ese personaje crucial que es Junior —un amigo de Renzi— que deberá salvar a esa máquina alguna vez inventada por Macedonio Fernández —máquina que no deja de procesar relatos sociales mixturados con la heterogeneidad generada por el espacio literario y cuya existencia, por ende, deviene una amenaza subvertidora de la “realidad” única creada por un estado corporativo totalitario—, al comienzo es descrito de la siguiente manera:

Junior decía que le gustaba vivir en hoteles porque era hijo de ingleses. Cuando decía ingleses pensaba en los viajeros ingleses del siglo XIX, en los comerciantes y contrabandistas que abandonaban sus familias y sus conocidos para recorrer los territorios donde todavía no había llegado la revolución industrial (Piglia, 1992: 9).

Naturalista, viajero y escritor renovador de cómo trabajar desde la escritura la experiencia humana que explora la naturaleza en su mayor complejidad, William Henry Hudson no es de origen inglés sino norteamericano pero a su vez terminará siendo, asimismo, un escritor anglo-argentino, que también, en un estilo singular, siempre resulta un escritor viajero, un auténtico nómada. En ese inicio de *La ciudad ausente* podemos notar un guiño que igualmente se abre —visto desde la novela de 2013— a comprender la figura y obra de Hudson en esa caracterización. Pero a la larga dicha caracterización irá más allá, será notablemente excedida. Hudson en la poética ficcional de Piglia, según ya vimos, en *El camino de ida* se manifiesta como un singular y complejo viajero y escritor que impulsa una filosofía y ontología radicalmente cuestionadora del estadio capitalista emblemático en la revolución industrial. Hacia el final y de una manera admirativa, Hudson, para Piglia, ejerce una política de la lectura y una política de la escritura radical, sin concesiones, provocadora, inédita, alejada de toda convención para tratar la historia y la política en lo que pone en prosa, en relato, en narración. En la serie ficcional, puede verse el embrión de esta figura en cómo

aparecen ciertos extranjeros en la historia y cultura argentinas en *La ciudad ausente*. Pero, sin dudas, la configuración de Hudson en *El camino de Ida* adquiere una complejidad, una cantidad de matices que supera largamente lo insinuado respecto a los “viajeros” extranjeros en *La ciudad ausente* y que más bien le debe tributo a lo trabajado respecto al autor de *Días de ocio en la Patagonia* por la escritura de Piglia sobre todo en sus registros ensayísticos.

Así, la configuración, paralelismos y conjunciones de series que he ensayado en esta segunda parte del presente artículo se vuelve sobre las “variaciones Piglia sobre Hudson” y sus momentos detallados en la primera parte y reafirman su calidad de momentos valorativos singulares, diferenciados, pero, por otro lado, muestran la relatividad que cada uno de esos momentos adquiere al verlo en la perspectiva que le otorgan las obras de Piglia de las últimas décadas. Lo cual lleva a redescubrir en la poética autorial de Piglia no sólo sus variaciones sobre Hudson, sino igualmente sus variaciones sobre Martínez Estrada que, por cierto, le son correlativas.

### Referencias bibliográficas

- Conrad, Joseph, 1998, *El agente secreto*, Santiago de Chile: Ediciones B.S.A.
- Hudson, William Henry, 1928, *La tierra purpúrea: un idilio uruguayo*, Madrid: Sociedad General Española de Librería.
- Hudson, William Henry, 1933, *El ombú y otros cuentos rioplatenses*, Buenos Aires: Librería Anaconda.
- Hudson, William Henry, 1944, *Una cierva en el Parque Richmond*, Buenos Aires: Claridad.
- Hudson, William Henry, 1946, *El vendedor de bagatelas*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Hudson, William Henry, 1956, *Días de ocio en la Patagonia*, Buenos Aires: AGEPE.
- Hudson, William Henry, 1958, *Allá lejos y hace tiempo*, Buenos Aires: Peuser.
- Hudson, William Henry, 1991, *Mansiones verdes*, Barcelona: Destino.
- Martínez Estrada, Ezequiel, 1951, *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Martínez Estrada, Ezequiel, 1956, *Marta Riquelme. Examen sin conciencia*, Buenos Aires: Nova.
- Martínez Estrada, Ezequiel, 1968, “Carta personal”, en *Yo* (selección y prólogo de Ricardo Piglia), Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.

JORGE BRACAMONTE

- Martínez Estrada, Ezequiel, 2015, *Cuentos completos*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, Serie del Recienvenido. Prólogo de Ricardo Piglia.
- Piglia, Ricardo, 1978, “Hudson ¿Un Guiraldes inglés?”, *Punto de vista*, 1. Firmado como Renzi, Emilio.
- Piglia, Ricardo, 1988 a, *Respiración artificial*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Piglia, Ricardo, 1988 b, *Prisión perpetua*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Piglia, Ricardo, 1992, *La ciudad ausente*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Piglia, Ricardo, 1995, *Cuentos morales*, Buenos Aires: Espasa Calpe. Introducción de Adriana Rodríguez Pérsico.
- Piglia, Ricardo, 2000, *Crítica y ficción*, Buenos Aires: Seix Barral.
- Piglia, Ricardo, 2005, *El último lector*, Barcelona: Anagrama.
- Piglia, Ricardo, 2013, *El camino de Ida*, Barcelona: Anagrama.
- Piglia, Ricardo, 2015, *Los diarios de Emilio Renzi. Los años de formación*, Buenos Aires: Anagrama.
- Piglia, Ricardo, 2017, *Los diarios de Emilio Renzi. Un día en la vida*, Barcelona: Anagrama.
- Rancière, Jacques, 2015, *El hilo perdido: Ensayos sobre la ficción moderna*, Buenos Aires: Manantial.